

I. Los Magos

Jesús nació en Belén de Judá en tiempos del rey Herodes. Entonces, unos Magos de Oriente se presentaron en Jerusalén preguntando: ¿Dónde está el Rey de los Judíos que ha nacido? Porque hemos visto su estrella en Oriente y venimos a adorarlo (Mt 2,1-12).

Los magos, palabra de origen pérsico, no son reyes. Esta creencia surgió posteriormente bajo la influencia de algunos pasajes bíblicos (Sal 72,10; Is 49,7; 60,10: "Vendrán reyes y honrarán a Yahveh). Así pues, en el siglo V se concretó su número sobre la base de los dones ofrecidos. Y, luego, en el siglo octavo, reciben los nombres de Melchor, Gaspar y Baltasar. Tampoco eran lo que hoy conocemos como sabios, sino hombres con conocimientos de astrología. Hoy los llamaríamos astrólogos. Los Magos son figuras teológicas y funcionales, que vienen a ratificar la dignidad única del protagonista del Evangelio. Los regalos que ofrecen realizan el homenaje de todos los pueblos al Mesías; en interpretación mística, los dones mismos significaban misterios divinos. El oro reconocía el poder regio de Cristo; el incienso, su sumo sacerdocio, y la mirra, su pasión y sepultura. Son las primicias de la gentilidad, de los que han de venir de Oriente y Occidente, para sentarse en la mesa del Reino (Mt 8,11s).

El episodio de los Magos tiene todas las características de una leyenda, naturalmente con un fundamento sólido que le proporciona consistencia.

Esta narración de los magos, es un texto midráshico, que trata de expresar la historia de la salvación a partir de unos ejemplos típicos. Balaam, que "venía de los montes de oriente" había predicho a Judá una estrella (Nm 24,17). Esta profecía del tiempo de David, sobre la estrella se convirtió en un referente mesiánico. Un pagano había predicho a los paganos una luz y un Señor que había de aparecer en Israel. Así, los textos relativos al Siervo de Yahvé lo definen como luz de las gentes (Is 42,6-7; 49, 6.9.12). Mateo toma el relato de la estrella y, en relación a la resurrección, ve en él el cumplimiento de la predicción de Balaam. Se requiere la disponibilidad de la fe y atención a los signos de los tiempos. Mientras los paganos "adoran al Niño", los representantes del pueblo intentan matarlo. Desde el principio, Jesús ha sido piedra de escándalo.

Entre los pueblos estudiosos de la ciencia astrológica, como ocurría en todo el entorno de Palestina, existía la firme convicción de que todo niño nace bajo una coyuntura astral; de ahí que, cada hombre tiene su propia estrella; y la conjunción de las estrellas anuncia un cambio en la historia humana; la regularidad en la marcha de las estrellas garantizaba la normalidad en la marcha del mundo. Por tanto, un acontecimiento importante tenía que ser señalado en la marcha de las estrellas. Ahora bien, siendo el nacimiento de Jesús el acontecimiento más importante de este mundo, necesariamente debía ser anunciado por señales de los astros. Es ahí, en este punto, en el que se enlazan la leyenda y la teología.

La base histórica del relato, supuesta aquella mentalidad, se halla en que el año siete antes de Cristo tuvo lugar, según los cálculos astronómicos, la conjunción de Júpiter y Saturno en la constelación Piscis. El planeta Júpiter era considerado universalmente en el mundo antiguo como el astro del Soberano del universo. Para los astrólogos babilonios, Saturno era el astro de Siria y la astrología helenista lo designa como el astro de los judíos. Finalmente, la constelación Piscis estaba relacionada con el fin de los tiempos. Es lógico, ante la conjunción de Júpiter y Saturno, que se pensase en el nacimiento, en Judea, del Soberano del fin de los tiempos.

En la narración, elemento relevante es la estrella que guió a los sabios a Belén. Se han ofrecido explicaciones relacionadas con la naturaleza de la estrella. Algunos han identificado el fenómeno con esa notable conjunción de planetas registrada en esa época o incluso con el cometa Halley. En efecto, la estrella es un elemento indispensable en la narración de San Mateo; pero la tradición cristiana la interpreta no como un fenómeno natural, sino como un símbolo de fe.

En Qumran, ha aparecido el horóscopo del Mesías. Esto indica que, también los judíos, mezclaban las creencias astrológicas con las esperanzas mesiánicas y especulaban acerca de cuál sería el astro bajo el cual nacería el Mesías.

Los pueblos orientales esperaban el advenimiento de la "edad de oro", de un periodo de paz y prosperidad universal bajo el señorío de un rey prodigioso. En Babilonia, donde corría alguna noticia de las profecías mesiánicas, sobre todo, a partir del destierro de Israel, se decía que este rey universal nacería en Occidente. Puede suponerse en Babilonia el origen de los Magos, hombres apasionados por el estudio de la astrología y pertenecientes a una casta sacerdotal, posiblemente la citada por Daniel, al hablar de los "caldeos" (Dn 2,4ss).

Pero la importancia de los Magos estriba en su pregunta; interrogan por el rey de los judíos que acaba de nacer y lo hacen en Jerusalén, donde reina un advenedizo usurpador. La pregunta es alarmante y subversiva. El que busca a Cristo, como único Señor, en un entorno corrupto, lleno de tantos señores que se imponen en tiranía sobre el pueblo, siempre se convierte en un sedicioso; no extraña que perturbe a Herodes y convenga a toda Jerusalén, que teme las represalias del tirano. Es muy significativo este sobresalto, que reseña el texto, en contra de la lógica alegría que cabría esperar a la luz de los viejos textos proféticos. Astuto, el ladino Herodes, finge su interés por adorar a Jesús; es la maliciosa táctica que usarán frecuentemente los poderosos de este mundo respecto a la Iglesia. Muchos, simulando protegerla, sólo buscan su control y su destrucción, porque su mensaje molesta.

El evangelista San Mateo, en este relato, intenta asentar que Jesús fue, desde su mismo nacimiento, el Mesías rechazado por los suyos y acogido por los foráneos. Expone una sorprendente inversión de actitudes. El relato, con una estrella como símbolo, amplía a escala universal la realidad del Pueblo de Dios; pone de manifiesto el alcance de este Pueblo: Lo componen las gentes todas de la tierra. De ahí, que Mateo busque el símbolo en el firmamento, en las estrellas que son visibles para todos, sin distinción ni exclusión. En la dura realidad cotidiana, no se comprueba ni parece que, sea la unidad y la integración, la tendencia corriente de los actos humanos, sino el rechazo, la exclusión. Quizás, por eso, el evangelio de hoy trae esta inmensa carga de gozo, de evocación y de ensueño. Y, porque podemos soñar, aún creemos posible que se hagan realidad nuestros sueños: Que venga a la tierra el Reino de paz y justicia que hoy anuncia el Niño del pesebre.

Estamos ya ante una tesis que se hará general a lo largo del evangelio de Mateo: Jesús es rechazado por el pueblo de Dios y es aceptado por los gentiles. Añádese, que el episodio significa que, ante Dios, no hay acepción de personas. Caen las barreras del particularismo judío y se afirma el universalismo de la salud que se ofrece a todos sin distinción.

Camilo Valverde Mudarra